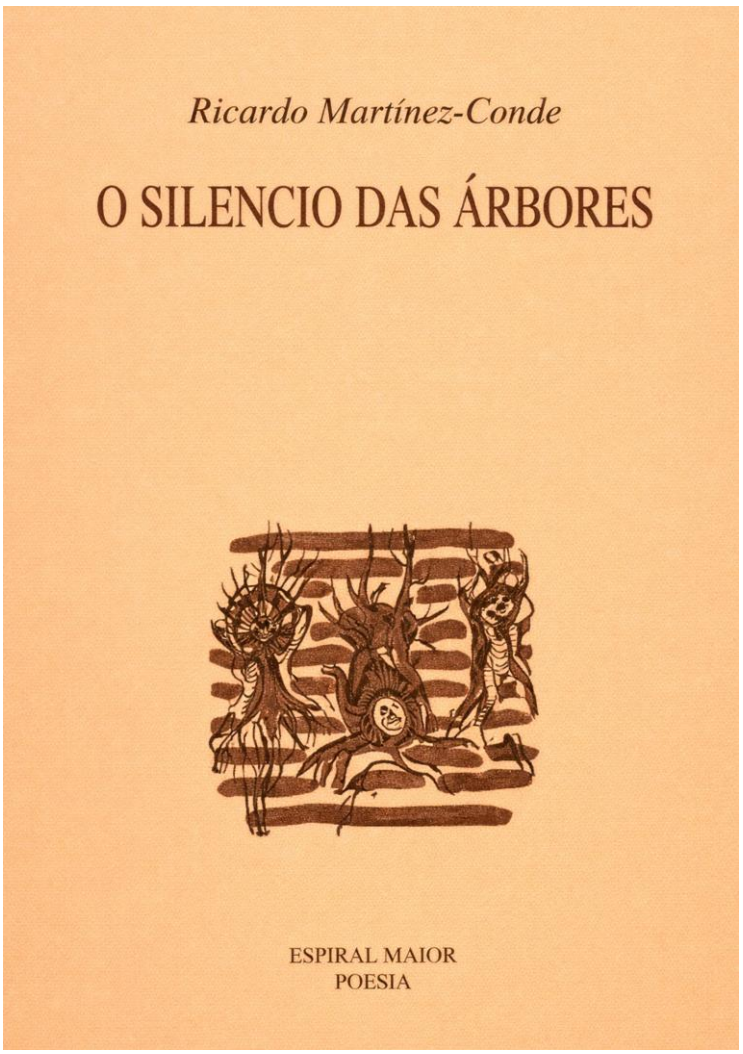
Ricardo Martínez-Conde. *O silencio das árbores.*
Espiral Maior (Poesía), 1995



El hombre ha dedicado buena parte de su tiempo a imaginar explicaciones para todo cuanto sucede bajo el cielo; al mismo tiempo, ha construido una civilización que parece haberlo separado de aquello que le permitía vivir en consonancia con el mundo, con la naturaleza. Los árboles, entretanto, no han necesitado justificar su presencia. Permanecen. Quizá por eso su silencio resulta tan incómodo para quien, como el hombre, ha convertido la conciencia de su propia existencia en una forma de desasosiego. De esa distancia entre la naturaleza y la conciencia nace *O silencio das árbores*, un libro que encuentra en el paisaje una forma rigurosa de interrogar la condición humana.

El volumen reúne una serie de composiciones breves, escritas en gallego, en las que sus versos se aproximan deliberadamente a la reflexión filosófica; los poemas no tratan de describir la naturaleza, aunque el mar, los ríos, la lluvia, los árboles y las estaciones constituyan su materia visible; el propósito es otro: averiguar qué queda del hombre cuando contempla un mundo que no parece

necesitarlo. La naturaleza adquiere así una condición casi intelectual. Su silencio deja al descubierto nuestras contradicciones.

El poema que da título al libro establece desde sus primeros versos una relación particularmente significativa entre el bosque y la conciencia. Llegar hasta los árboles parece sencillo, escribe el autor, hasta que se descubre que su altura indiferente hace más visible «o baleiro, a desprotección» («el vacío, la desprotección»). El encuentro con la naturaleza no ofrece aquí el consuelo que cabría esperar. Al contrario, despoja al hombre de algunas de sus seguridades. Ante los árboles, la identidad humana parece perder consistencia, hasta el punto de que quien alcanza los lindes del bosque puede quedar sustituido por una imagen, por «o lento significado do tempo» («el lento significado del tiempo»). La observación contiene una paradoja que recorre todo el libro: el hombre busca conocerse mirando el mundo exterior, pero cuanto más se aproxima a él, más incierta se vuelve su propia identidad. El autor del libro construye sus versos a partir de esa incertidumbre.

Esta concepción alcanza una expresión especialmente hermosa en el poema donde el hombre contempla el mar mientras posa los dedos sobre el cuerpo de la mujer amada. La frase «O home que escoita e mira o mar / é un home que ama» («El hombre que escucha y mira el mar / es un hombre que ama») introduce una correspondencia entre la experiencia amorosa y la contemplación de la naturaleza. La amada acoge al hombre como el mar, sin palabras. El silencio deja entonces de ser una carencia y se convierte en una forma de entendimiento.

En uno de los textos más reflexivos el autor se pregunta qué fue antes: el mar o la palabra, el universo o la palabra, el amor o la palabra. La sospecha que sostiene la pregunta es que quizá el mundo exista independientemente de nosotros, y que solo podemos acceder a él mediante las formas que nuestra conciencia construye para nombrarlo. El lenguaje nos aproxima a las cosas y, al mismo tiempo, levanta una distancia entre ellas y nosotros. Lo visible no agota lo real; detrás de cada paisaje existe una zona que escapa a la mirada, un significado que no termina de formularse. El autor escribe precisamente desde ese límite. Sus poemas no pretenden descifrar por completo el mundo, sino registrar el desconcierto de quien advierte que la realidad contiene más de lo que puede comprender: el silencio, los árboles, el mar, la conciencia de estar vivo frente a algo que nos precede y que continuará cuando ya no estemos.

Rodolfo Leiva
Profesor, crítico literario